



CONCEPTOS  
Y FENÓMENOS  
FUNDAMENTALES  
DE NUESTRO  
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

¿ES ACTUAL EL ANARQUISMO?  
CLAUDIO ALBERTANI

Septiembre 2007

## ¿ES ACTUAL EL ANARQUISMO?

Por Claudio Albertani

Vivimos el triunfo aparente de la civilización del dinero, del conformismo y del totalitarismo mercantil. Una nueva generación de torturadores atormenta al mundo en nombre de la democracia. El dispositivo de la guerra permanente invade nuestras vidas, gobierna la política y ordena la sociedad.

En este tiempo de asesinatos: ¿podemos todavía defender la libertad, afirmar la liberación del deseo, explorar el universo de las pasiones y plantear la autogestión generalizada?

Dicho de otra manera: ¿es actual el anarquismo? Y si la respuesta es afirmativa: ¿en qué medida puede contribuir a revitalizar los proyectos de liberación humana? ¿Qué aporta a la solución de los grandes problemas del mundo actual?

Contestar no es fácil. De entrada hay que decir que el anarquismo es la corriente más vilipendiada del pensamiento político contemporáneo, tanto de derecha como de izquierda. Acercarse a sus fundamentos implica, entre otras cosas, impugnar las falsificaciones y evocar una historia en gran parte “secreta”. Secreta en el doble sentido de que o no se encuentra registrada en las crónicas oficiales o ha sido groseramente tergiversada.

Los problemas empiezan con la etimología, pues las palabras “anarquía” y “anarquismo” tienen una historia larga y agitada. Es sabido que en griego “an arkhé” (anarquía) significa ausencia de autoridad. Homero y Herodoto emplean el término para designar la circunstancia en la que un ejército se encuentra sin jefe. En la edad moderna, se volvió a utilizar para designar una situación de desgobierno en la que nadie posee el poder suficiente para comandar y hacer respetar las leyes. En 1792, Jacques-Pierre Brissot, líder de fracción moderada de los girondinos, pidió la guillotina para los que llamaba anarquistas, “hombres que sólo se ocupan en agitar al pueblo, en desacreditar a las autoridades, y en relajar todos los lazos de la sociedad”.<sup>1</sup>

Hoy, el término “anarquía” se sigue empleando como sinónimo de caos. María Moliner, en el Diccionario de uso del español, lo define como el “estado de desorganización de un país o un organismo cualquiera, debido a la incompetencia o falta de autoridad de los que lo dirigen o gobiernan”, una aserción nada inocente que

---

<sup>1</sup> Citado en: Pedro Kropotkin, *La gran revolución (1789-1793)*, dos tomos, Editora Nacional, México, D.F., 1967, tomo II, pp. 80-82

establece un vínculo causal entre ausencia de gobierno y desorden lo cual es, precisamente, lo que niega el anarquismo.

El primero en hablar de “anarquía” en un sentido positivo fue Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), quien así llamó la teoría social que descansa en la idea de que los seres humanos pueden gobernarse a sí mismos en plena libertad, sin el nexo coercitivo entre mandar y obedecer y sin acudir a ningún poder exterior.

Así entendida, la anarquía implica un orden superior, fundado no en la coerción sino en la armonía y el amor. Un orden que cada quien descubre por su cuenta al vivir el rechazo del principio de autoridad y negar todo modelo preconstituido.

“La anarquía –aclaró Proudhon en una carta a Pierre Larousse, editor del célebre diccionario- es una forma de gobierno o constitución en la que la conciencia pública y privada, moldeada por el desarrollo de la ciencia y del derecho, es suficiente por sí sola a mantener el orden y a garantizar todas las libertades; en donde, por consecuencia, el principio de autoridad, las instituciones de policía, los medios de prevención o de represión, el funcionarismo, los impuestos, etc. se encuentran reducidos a su expresión mínima; en donde, con más razón, las formas monárquicas y la alta centralización desaparecen y son remplazadas por instituciones federativas y costumbres comunitarias”.<sup>2</sup>

Espíritu polémico y controversial, Proudhon escogió un nombre paradójico para designar una teoría social que, contrario a lo que muchos piensan, no pregona el desorden, sino precisamente su contrario, el orden, construido –y aquí está la novedad- a partir de la idea de consenso y no de una autoridad impuesta desde fuera.

La paradoja no termina ahí pues algunos anarquistas se divirtieron jugando con la confusión creada por las dos acepciones opuestas: el desorden absoluto por un lado, la construcción de una sociedad estable y racional, por el otro.<sup>3</sup> Por cierto que aquella oscilación perpetua entre caos y orden no era tan descabellada pues se encuentra en la base de la reflexión científica y filosófica contemporánea.

Mijail Bakunin (1814-1876) -promotor del movimiento libertario organizado en seno a la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT)- apuntó: “consideramos que el pueblo no podrá ser feliz y libre más que cuando, organizándose de abajo arriba por medio de asociaciones independientes y absolutamente libres y al margen de toda

---

<sup>2</sup> Carta fechada 20 de agosto de 1864, citada en el boletín No. 57 del *Centre International de Recherches sur l'Anarchisme* (CIRA) de Lausana (Suiza), [ssevillano.free.fr/annexe\\_3/cira\\_57.doc](http://ssevillano.free.fr/annexe_3/cira_57.doc), Traducción C.A.

<sup>3</sup> Daniel Guérin, *El anarquismo*, Utopía Libertaria, Buenos Aires, p. 40. Edición digital: <http://www.quijotelibros.com.ar/anarres.htm>

tutela oficial, pero no al margen de las influencias diferentes e igualmente libres de hombres y de partidos, cree él mismo su propia vida. Tales son las convicciones de los revolucionarios sociales y por eso se nos llama anarquistas. Nosotros no protestamos contra esa denominación, porque somos realmente enemigos de toda autoridad, porque sabemos que el poder corrompe tanto a los que están investidos de él como a los que están obligados a someterse. Bajo su influencia nefasta, los unos se convierten en tiranos vanidosos y codiciosos, en explotadores de la sociedad en provecho de sus propias personas o de su clase; los otros en esclavos”.<sup>4</sup>

Por su parte, Pedro Kropotkin (1842-1921) definió el anarquismo como el “un principio o teoría de la vida y la conducta que concibe una sociedad sin gobierno, en que se obtiene la armonía, no por sometimiento a la ley, ni obediencia a la autoridad, sino por acuerdos libres establecidos entre los diversos grupos, territoriales y profesionales, libremente constituidos para la producción y el consumo, y para la satisfacción de la infinita variedad de necesidades y aspiraciones de un ser civilizado. En una sociedad desarrollada sobre estas directrices, las asociaciones voluntarias (...) adquirirían una extensión aún mayor hasta el punto de sustituir al Estado en todas sus funciones. Representarían una red entrelazada, compuesta de una infinita variedad de grupos y de federaciones de todos los tamaños y grados, locales, regionales, nacionales e internacionales, temporales o más o menos permanentes, para todos los objetivos posibles: producción, consumo e intercambio, comunicaciones, servicios sanitarios, educación, protección mutua, defensa del territorio, etcétera; y, por otra parte, para la satisfacción de un número creciente de necesidades científicas, artísticas, literarias y de relación social. Además, tal sociedad no se pretendería inmutable. Por el contrario, como sucede en todo el conjunto de la vida orgánica, se derivaría la armonía de un ajuste y reajuste perpetuo y variable del equilibrio de la multitud de fuerzas e influencias, y este ajuste se obtendría, dicho brevemente, si ninguna fuerza gozase de la protección especial del Estado.”<sup>5</sup>

Esta cita muestra con claridad que ya a principio del siglo XX, los anarquistas planteaban formas reticulares de organización social, una propuesta que ha sido retomada por gran parte de los movimientos sociales contemporáneos.

---

<sup>4</sup> Mijail Bakunin, *Estadismo y anarquía*, Biblioteca de filosofía, Ediciones Folio, Barcelona, 2002, pág. 162.

<sup>5</sup> Pedro Kropotkin, “Anarchism”, *Encyclopaedia Britannica*, edición de 1910-11. Traducción al castellano: [http://www.antorcha.net/biblioteca\\_virtual/politica/anarquismo/anarquismo.html](http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/politica/anarquismo/anarquismo.html)  
Véase también: P. Kropotkin, “Le principe anarchiste”, *Les Temps Nouveaux*, No. 67, 1913, [http://bibliolib.free.fr/article.php3?id\\_article=32](http://bibliolib.free.fr/article.php3?id_article=32)

Y finalmente cabe recordar las palabras de Errico Malatesta (1853-1932): “anarquía es un modo de convivencia social en que los seres humanos viven como hermanos, sin que nadie oprima o explote a los demás y todos tienen a su disposición los medios que la civilización de la época otorga para alcanzar el más alto nivel de desarrollo moral y material”. Anarquismo, en cambio, es “el método para alcanzar la anarquía por la vía de la libertad, sin gobierno, sin que alguien -incluso alguien provisto de buenas intenciones- imponga a los demás su voluntad”.<sup>6</sup>

Es a partir de estas definiciones clásicas que podemos aquilatar la actualidad del anarquismo. Todas apuntan a que, además de ser una doctrina política, el anarquismo es, también, un principio de lucha. Todas son las suficientemente amplias como para abarcar un conjunto de teorías y prácticas políticas que -desde el individualismo hasta el anarcosindicalismo, pasando por todas las opciones intermedias- comparten principios y afinidades dentro -o al margen- de la gran tradición del socialismo revolucionario.

¿Cuáles? Una afirmación terca e irreducible de libertad, “este nombre terrible inscrito en el carro de las tempestades”<sup>7</sup>; la indignación ante la injusticia y una indomable voluntad de lucha. De ahí deriva la crítica de todos los poderes –incluso de los poderes llamados “proletarios”-, el énfasis no solamente en la autonomía del individuo, sino en su capacidad de asociarse aquí y ahora con otros individuos y la idea de que es posible construir una sociedad sin Estado, sin explotación y en armonía con la naturaleza.

Es precisamente en la defensa intransigente de la libertad como fin y también como método dónde radica la actualidad del anarquismo. Puesto que el de libertad es un concepto que, como muchos otros, ha sido vaciado de todo contenido, es necesario aclararlo.

Para los anarquistas, la libertad coincide con la autodeterminación de los individuos. Somos libres en el momento en que cada uno encuentra en si mismo las motivaciones, las tensiones, las razones, los estímulos y la fuerza indispensable para su propio actuar, llenando así de contenidos autóctonos el propio recorrido existencial. Solamente individuos autodeterminados pueden constituir comunidades autodeterminadas.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Errico Malatesta, “*Pensiero e volontà*” e *ultimi scritti*, Ginebra, 1936, p. 184.

<sup>7</sup> Philotée O’Neddy, citado en: Albert Camus, *El hombre rebelde*, Alianza Editorial, México, 1989, pág. 125.

<sup>8</sup> Constantino Cavalieri, “El Anarquismo en la sociedad postindustrial”  
<http://caosmosis.acracia.net/?p=143>

Por lo tanto, la concepción anarquista de la libertad es inseparable de la justicia social. Se fundamenta en dispositivos colectivos, sin los cuales el individuo aislado carece de los instrumentos necesarios para llevarla a cabo y se opone radicalmente a la concepción liberal según la cual “tu libertad termina donde comienza mía”.

Muy por el contrario, Bakunin escribe: “no soy verdaderamente libre que cuando los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres. La libertad del otro, lejos de ser un límite o la negación de mi libertad, es al contrario su condición necesaria y su confirmación. No me hago libre verdaderamente más que por la libertad de los otros, de suerte que cuán más numerosos son los hombres libres que me rodean y más vasta es su libertad, más extensa, más profunda y más amplia se vuelve mi libertad.”<sup>9</sup>

La libertad que plantean los anarquistas no es tampoco un asunto metafísico (como el libre albedrío de los filósofos), sino una creación histórica que, en cada momento, expresa el conjunto de posibilidades de las que todos somos portadores. Crear, implica dar vida a algo que todavía no existe. Inventar, realizar, imaginar. Apartarse de los caminos trillados, abrir nuevas vías a la imaginación descubriendo nuevos territorios emotivos y visivos.

La pregunta inicial se desdobra así en dos. Por un lado es necesario saber quiénes fueron los anarquistas y qué hicieron, al margen de las mentiras y las falsificaciones. Esto implica acercarse a esa historia “secreta” que evoqué al principio. Por el otro, tenemos que aquilatar su legado y entender qué nos pueden decir a nosotros, los moradores del tercer milenio.

Hay que descartar, en primer lugar, la tesis (seudo) marxista que ve en el anarquismo un movimiento, según las circunstancias “idealista”, “pequeño-burgués” o “lumpen” (desclasado), así como la perniciosa propensión de cierta historiografía a considerarlo sinónimo de desesperación o la expresión de la lucha de clases en situaciones de retraso económico.<sup>10</sup>

Contrario a lo que muchos suponen, el anarquismo no es una utopía lejana o un ideal en el sentido tradicional. Tampoco es una abstracción, un programa, mucho menos una serie de preceptos e interdicciones postulados a partir de un método apriorístico. Apela,

---

<sup>9</sup> M. Bakunin, *Dios y el Estado*, Editorial Terramar, Buenos Aires, Argentina, 2004, p. 92.

<sup>10</sup> Como ejemplo, se puede citar a Eric Hobsbawm. Véase particularmente: *Los Rebeldes Primitivos*, Editorial Critica, Barcelona, 2001 y *Los revolucionarios*, Ariel, Barcelona, 1978.

como diría Albert Camus, a esta parte calurosa del ser humano que no puede reducirse a la idea y que no puede servir sino para ser.<sup>11</sup>

El anarquismo tampoco es sinónimo de terrorismo. De todas las falacias, he aquí la más falaz: un hombre de capa y barba negra que arroja bombas en nombre de la “idea”. Es verdad que hacia finales del siglo XIX, algunos militantes libertarios recurrieron al puñal y a la dinamita contra gobernantes, policías y otros defensores del orden establecido.

No es mi intención condenarlos. Sí recordar que hicieron un uso conspicuo de la violencia también otras corrientes políticas modernas incluyendo los bolcheviques, los liberales, los socialdemócratas, los sionistas y los nacionalistas de toda filiación.

En la actualidad, la organización nacionalista vasca ETA sigue poniendo bombas, lo cual no convierte en terroristas a todos los vascos y menos a todos los nacionalistas. Igualmente, los sangrientos atentados de Al-Qaeda no transforman en asesinos a todos los musulmanes.

El asunto no es nuevo. En alguna parte de su extensa obra, Lenin definió a los anarquistas “liberales con una bomba en la mano” (¡!), mientras que Bujarin pensaba que “el anarquismo es producto de la desintegración de la sociedad capitalista”, una especie de infección que se difunde predominantemente entre la hez social.<sup>12</sup>

Para Gramsci, en cambio, la doctrina anarquista no era más que un “reflejo cristalizado y empobrecido de formulas dogmáticas e incoherentes” y los anarquistas “un instrumento inconsciente de la fuerza capitalista”.<sup>13</sup>

Espíritu más práctico, Trotsky consideró a los anarquistas “unos bandidos contrarrevolucionarios” y los trató de consecuencia, mientras estuvo al frente del Ejército Rojo.<sup>14</sup>

Lo curioso es que la prensa liberal sigue repitiendo las mismas acusaciones. En su edición correspondiente al 18 de agosto de 2005, *The Economist*, vocero de la burguesía

---

<sup>11</sup> A. Camus, op. cit., pág. 27.

<sup>12</sup> Nicolai Bujarin/Luigi Fabbri, *Anarquismo y Comunismo Científico. Debate ideológico entre un teórico marxista y un anarquista y dos aclaratorios sobre el mismo tema de Rudolf Rocker*, Editorial Síntesis, Barcelona, 1977, pp. 21 y 27-28.

<sup>13</sup> Antonio Gramsci, “Socialisti e anarchici”, *L'Ordine Nuovo*, 20-27 de septiembre de 1919. Ahora en: *Gramsci, Le opere. La prima antologia di tutti gli scritti*, Editori Riuniti, Roma, 1997, p. 77-80.

<sup>14</sup> Sin contar la represión de los marinos de Cronstadt (1921) en la que no actuó directamente y de la que únicamente fue responsable político en cuanto jefe del Ejército Rojo, Trotsky aniquiló personalmente el movimiento makhnovista (1920) acusando a los campesinos anarquistas de ser agentes de la contrarrevolución y auspiciando meterlos en campos de concentración. Véase: L. Trotsky, *The military writings. The southern front*, <http://www.nestormakhno.info/new.htm>

financiera, desentierra esos viejos fantasmas. ¿Qué comparten un anarquista y un islamista, pregunta el rotativo? Respuesta: el empleo de la “violencia indiscriminada”.

La verdad histórica es que, sin rechazar el empleo de la violencia en situaciones extremas, gran parte del movimiento anarquista organizado siempre se opuso a los actos de terrorismo individual, y muchos libertarios optaron incluso por el pacifismo radical. Aquí importa detenerse en una paradoja: hoy, cuando el terrorismo está en todas partes como las bacterias virales y los anarquistas se cuentan entre los pocos que no arrojan bombas ni asisten a los que las arrojan, acusarlos de este crimen es síntoma de la extraña ceguera que acecha a la humanidad.

Mientras lo mejor del marxismo revolucionario radica en el descubrimiento de la lógica y las contradicciones del capitalismo, el anarquismo es fundamentalmente una práctica revolucionaria. Contrario a lo que pretenden sus detractores, el principio de la organización es su alma, su esencia misma. Sólo que esta organización debe ser la obra espontánea del proletariado mismo y no de alguna agencia externa, por iluminada que sea. “Los Estados, escribió Bakunin, no se derrumban por sí solos; son derrocados por una organización social internacional de alcance universal. Organizar las fuerzas populares para que lleven a cabo la revolución es la única tarea de quienes buscan sinceramente la emancipación”.<sup>15</sup>

De manera que las diferentes escuelas libertarias emergen casi invariablemente de algún principio práctico: anarco-sindicalistas, anarco-comunistas, insurreccionistas, plataformistas, cooperativistas, individualistas, etc..

El anarquismo no tiene patria. Su semilla brota dondequiera hay seres humanos cuya sensibilidad se encuentra ofendida por el dolor propio y ajeno. Y germina cuando los oprimidos y explotados entienden que su condición no se debe a las leyes inexorables de la naturaleza, sino a hechos sociales que se pueden eliminar por obra de la voluntad humana.

Como filosofía, o actitud ante el mundo, tiene raíces muy antiguas que se remontan a la antigüedad clásica e, incluso, a sociedades no occidentales. La revuelta posee el derecho que otorga la inocencia y opone el aquí y ahora de la vida sensual a las abstracciones políticas y religiosas. Contra la razón de Estado, afirma que los medios condicionan los fines y protege a la revolución –a toda revolución- de la violencia sistemática, del cálculo, de la mentira y del pensamiento dirigido.

---

<sup>15</sup> Mijail A. Bakunin, *Escritos de filosofía política*, II tomos, Ediciones Altaya S. A., Barcelona, 1994, tomo II, pág. 164



— ¿Qué es la revuelta?—pregunta Camus. Es el rechazo del hombre de ser lo que es, la negación de la condición absurda en que se encuentra. Es el “no” que rompe las cadenas que nos encierran en un devenir ineluctable. Es, por lo tanto, el motor de la historia entendida no como abstracción o providencia, sino como la epopeya terrenal de hombres y mujeres de carne y hueso que luchan por un mundo mejor.

El “no” de que habla Camus cruza la historia de la humanidad más allá de las formas, las ideologías, el tiempo y el espacio. No es un no dialéctico, una negación de la negación, sino un “no” concreto que busca escaparse de la cárcel de la dominación afirmando aquí y ahora la potencia de la libertad. Pero también es un “sí” que expresa lo más íntimo de la condición humana: el deseo de vivir una vida plena, sin estar sujetos a ningún poder arbitrario.

Manantial de donde nacen todas las revueltas, este deseo tiene múltiples expresiones: sociales, históricas, literarias, existenciales, místicas, filosóficas, artísticas, mitológicas e, incluso, criminales.

Desde el fondo de los tiempos, una larga secuela de abuelos espirituales nos transmite un fermento perturbador y bullicioso motivándonos a emprender el camino de la rebelión. Es verdad que, en materia de anarquismo, hay que rechazar el culto de los hombres, por muy grandes que nos parezcan.<sup>16</sup> Al mismo tiempo, la gran corriente sensible de la memoria moldea y vigoriza nuestra búsqueda y hoy, más que nunca, se nos presenta como herramienta imprescindible para concebir un presente distinto.

En este sentido, el anarquismo se relaciona con una tradición de románticos obstinados que en todas partes y en todo momento sueñan con un mundo mejor, rechazando la legitimidad del orden establecido y adoptando actitudes disidentes.

En cuanto movimiento organizado, en cambio, es producto de la moderna sociedad industrial y aparece por primera vez en Europa hacia la mitad del siglo XIX como una corriente del socialismo revolucionario. Más que un sistema doctrinal o una ideología, fue una respuesta concreta al capitalismo naciente, construida desde las luchas que pugnaban por subvertirlo.

La segunda etapa se desarrolla entre el nacimiento de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864) y la derrota de la revolución española (1939) coincidiendo, a grandes rasgos, con el auge mundial de los movimientos obreros revolucionarios.

---

<sup>16</sup> André Breton, *Manifestes du surréalisme*, Idées/Gallimard, Paris, 1977, pág. 80.

La tercera etapa –la actual- surge en la segunda mitad del siglo del XX, luego de la derrota de aquellos movimientos. Apresuradamente dado por muerto, el anarquismo, volvió a surgir no tanto como una corriente claramente definida sino, más bien, como un estado de ánimo difuso o “sensibilidad”.

Esta no es una mera casualidad ya que el anarquismo anticipó las principales cuestiones sociales de nuestro tiempo: el deterioro ambiental, el feminismo, la reivindicación de una nueva espiritualidad, la crítica de la representación política y la subversión de la vida cotidiana.

La paradoja –una más- es que esto no se debe especialmente a una renovada presencia de los anarquistas en los movimientos sociales, sino a la conjunción de una serie de factores que dibujan nuevos escenarios en donde algunas de las intuiciones más básicas del anarquismo encajan a la perfección y encuentran nuevas posibilidades de expresión.

Aun así, este renacimiento es una luminosa confirmación del punto de vista libertario según el cual la revolución no es un asunto de partidos o minorías ilustradas, sino de procesos históricos en donde juega un papel central la toma de conciencia de las masas.

Armados de un escepticismo radical, los nuevos movimientos no retoman abiertamente las posiciones del anarquismo clásico –en la mayoría de los casos ni siquiera las conocen- pero, igual que éste, le apuestan a la autonomía, es decir a la acción directa y a formas organizacionales reticulares, es decir federalistas. Actúan aquí y ahora con la idea de que todos tenemos la responsabilidad y también la capacidad de hacer las cosas nosotros mismos.

Igualmente significativo es que las nuevas expresiones del antagonismo social no buscan mediaciones, ni representación. Es el caso de los Caracoles zapatistas de Chiapas que pasan directamente a la creación de otra sociedad, al margen del Estado y del Capital.<sup>17</sup> Lo mismo sucede en algunas comunidades indígenas de Oaxaca en donde “no se conoce la palabra anarquismo, pero éste se practica en la vida comunitaria y en el tequio”.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Gustavo Esteva, *Celebración del zapatismo*, Ediciones ¡Basta!, Oaxaca, México, 2005.

<sup>18</sup> Intervención de Pedro Bautista, militante del *Consejo Indígena Popular de Oaxaca (CIPO)*, en el “Encuentro internacional Libertario”, Ciudad de México, local del Frente Auténtico del Trabajo (FAT), 7 de junio de 2007. El *tequio* es una forma de organización para el trabajo comunitario. Consiste en que cada habitante de una comunidad coopera con material o regala su trabajo para construir o hacer una obra en beneficio del pueblo.

Una precisión. Todo movimiento revolucionario inventa sus palabras y destruye o corrige el sentido de otras; los sostenedores del orden establecido, por su parte, secuestran estas mismas palabras, las desvían y las someten a sus propios fines.<sup>19</sup>

En la actualidad, se dicen “libertarios” –a veces “libertarianos” o “anarcocapitalistas”- algunos economistas neoliberales o de extrema derecha que pregonan el desmantelamiento del Estado para favorecer las grandes corporaciones transnacionales. La libertad de que hablan es la libertad del capital, lo cual implica, evidentemente, la negación de la libertad de los seres humanos. Esta “libertad”, sólo puede ser inducida por la constante acción moldeadora del mismo Estado que pretenden achicar dando lugar a formas de tiranía y opresión que tienen pocos puntos de comparación en la historia humana.

Es claro que la burda apología del mercado que hacen los libertarianos y su cruzada permanente por la privatización de los servicios públicos no comparte nada con la auténtica tradición libertaria que, además de antiestatal, es anticapitalista.<sup>20</sup>

Podemos volver ahora a la pregunta inicial: ¿es vigente el anarquismo? La respuesta es “no” si por anarquismo entendemos una doctrina cerrada que tiene su propia jerga y adeptos. En la actualidad, para la mayoría de las personas, este anarquismo se ha convertido en algo incomprensible, una etiqueta más en el mercado muy devaluado de las ideologías políticas de la modernidad.<sup>21</sup>

Sin embargo, el anarquismo es mucho más que esto. No es, por ejemplo, una teoría cerrada y circular en el sentido en que lo fue, por ejemplo, el marxismo. El deseo de comprenderlo todo que este desplegó a lo largo de su historia fue, en el mejor de los casos, una ilusión y, en el peor, una eficaz herramienta de dominación (algo que, entre otros, entendieron marxistas críticos como Karl Korsch y Maximilien Rubel).<sup>22</sup>

El anarquismo implica –entre otras cosas- una actitud de rechazo a la servidumbre voluntaria que ha sido -y sigue siendo- un formidable contrapeso al dominio. En el

---

<sup>19</sup> Mustapha Khayati, “Las palabras cautivas. Prefacio para un diccionario situacionista”. Publicado, *Internationale Situationniste* No. 10, Paris 1965, pp. 50-55. Traducción al castellano: <http://www.sindominio.net/ash/is1009.htm>

<sup>20</sup> Véase el sitio del “Libertarian Party” de Estados Unidos: <http://www.lp.org/> En Francia los libertarios de derecha se llaman a sí mismos “libertariens” (<http://pageperso.aol.fr/pregentil/index.htm?f=fs>). En español: <http://www.fff.org/spanish/nosotros/intro.asp> y [http://es.wikipedia.org/wiki/Derecha\\_libertariana](http://es.wikipedia.org/wiki/Derecha_libertariana)

<sup>21</sup> Christian Ferrer, “Misterio y jerarquía. El drama cultural del anarquismo”, <http://caosmosis.acracia.net/?p=40>

<sup>22</sup> Véase al respecto: Daniel Blanchard, *Crisis de Palabras. Notas a partir de Cornelius Castoriadis y Guy Debord*, Ediciones Acuarela, Madrid, 2007, p. 63.

amanecer de nuevos totalitarismos, su vigencia radica en las preguntas que plantea y en la tradición de resistencia que encarna, más que en las soluciones que ofrece.

Vivimos una etapa difícil de la historia humana y nos encontramos expuestos a toda suerte de peligros, incluida la destrucción del planeta. En esta situación, no hay certidumbres posibles, pero si adoptamos el horizonte de la crítica de la vida cotidiana; si actuamos a partir de principios autogestivos y rechazamos la oposición entre dirigentes y ejecutantes, si comprendemos que el fin nunca justifica los medios, puede ser que el resultado de nuestras luchas sea un mundo mejor. Un mundo que tal vez se acerque al que alguna vez imaginaron nuestros abuelos anarquistas. No importa cómo nos llamemos o cómo nos llamen. Lo importante es que, en donde estemos, luchemos por estos principios.